

EN EL ORIGEN DE LAS CRISIS ¿SOBREPRODUCCIÓN O SUBCONSUMO?

Louis Gill

Economista, jubilado de la Université du Québec à Montréal (UQAM)

Publicado en la revista *Carré Rouge*, abril 2009

Introducción.

- I - Sobreacumulación del capital y sobreproducción de mercancías.
 - Escasez de plusvalía y superabundancia de mercancías.
 - ¿Rentabilidad deficiente o desequilibrio de mercado?
 - Fenómeno permanente, el Subconsumo no puede explicar las crisis.
 - Subconsumo y exceso de plusvalía: los precursores.

- II - La naturaleza de la crisis actual.

- III- ¿Relanzar la acumulación por el consumo?
 - Gastos públicos improductivos para el capital.
 - Un control necesario del Estado.
 - La timidez de los planes de relanzamiento.

INTRODUCCIÓN

En un artículo titulado “La recesión mundial: el momento, la interpretación y los entresijos de la crisis”¹, François Chesnais critica la interpretación en boga de la actual crisis como una crisis de subconsumo causada por una contracción de los salarios que se intentó compensar mediante una mayor expansión de los créditos. Concretamente trata de la variante que de esta interpretación hizo Alain Bihr en un artículo titulado “El triunfo catastrófico del neoliberalismo”² y expresa su desacuerdo con la tesis que desarrolla Bihr, de una “*plusvalía excesiva*”. La define como un vuelco completo de la comprensión del capitalismo heredada de Marx, según la cual el capital choca no contra sus excesos sino contra una insuficiencia crónica de plusvalía cuya manifestación es la tendencia a la baja de la tasa de ganancia.

El hecho de que esta escasez de plusvalía sea percibida bajo la forma de dificultades de realización, “*traduce una ceguera ante las contradicciones del sistema*”, escribe Chesnais, que remite a mi libro *Fondements et limites du capitalisme*³ para “*una presentación muy clara de estas contradicciones y de esta ceguera*”. Muy sensible a esta referencia elogiosa, me sentí invitado al desafío de hacer una exposición sintética de los desarrollos pertinentes de este libro con el fin de contribuir al debate. Es el objetivo de este artículo. Comprende tres secciones.

La primera establece que las crisis tal y como las concibió Marx son crisis de sobreacumulación de capital y sobreproducción de mercancías y no crisis de subconsumo cuyo origen sería la insuficiencia de los salarios. La segunda muestra que la crisis actual es efectivamente una crisis de sobreproducción y que su dimensión financiera no puede reducirse a un asunto de créditos a las familias para compensar ingresos salariales insuficientes. La tercera plantea la siguiente pregunta: si el origen de las crisis no está en el subconsumo, ¿puede basarse su reabsorción en la estimulación de la demanda global, hoy en el centro de los actuales planes de relanzamiento de los gobiernos? La respuesta a esta pregunta, que se deriva de la naturaleza improductiva para el capital de los gastos públicos, permite comprender la timidez de los planes de relanzamiento de la economía real y las dudas a la hora de ponerlos en marcha, justo

¹ *Carré rouge*, número 39, diciembre 2008.

² *À Contre-courant*, número 199, noviembre 2008.

³ Montréal, Boréal, 1996. Traducido en castellano con el título: *Fundamentos y límites del capitalismo*, Madrid, Trotta, 2002.

cuando el sector financiero se ha beneficiado espontáneamente de una colosal generosidad.

I - Sobreacumulación del capital y sobreproducción de mercancías

Antes de nada hay que recordar las consecuencias contradictorias de un aumento de la productividad en la producción de *valores de uso* y en la producción de *valores*. El progreso de la técnica, que da lugar a una sustitución por los medios de producción de la fuerza de trabajo, aumenta la productividad del trabajo vivo y su poder *material* de producción de *valores de uso*, pero limita al mismo tiempo su poder *social* de creación de *nuevo valor* al reducir su peso relativo en la producción del valor, del que una parte cada vez mayor es del *valor transmitido* bajo la forma de trabajo pasado, incorporado en los medios de producción. La bajada del peso relativo de la fuente de plusvalía, el trabajo vivo, se traduce así para el capital en una creciente dificultad para valorizarse.

Subrayemos pues de entrada este fenómeno particular de la producción capitalista, en la que un *aumento* de la productividad *material* que permite una producción *acrecentada* de valores de uso, toma la forma *social* específica de una producción *restringida* de plusvalía. Y ello a pesar de un alza de la tasa de plusvalía, es decir, de un aumento de la plusvalía con relación al capital variable (el plustrabajo con relación al trabajo necesario) o, a la inversa, de una reducción de la parte del capital variable en el valor nuevo creado por la fuerza de trabajo, lo que Alain Bihr llama una reducción de la participación de los salarios en el “valor añadido”. Este aumento de la parte de la plusvalía en el nuevo valor creado no significa de ninguna manera que sea “en *exceso*” como sostiene Bihr. El hecho de que aumente a un ritmo decreciente a medida que la productividad aumenta, pone, al contrario, en evidencia la dificultad creciente del capital de valorizarse, en otros términos, la escasez de plusvalía.

En suma, para valorizarse, el capital debe transformarse en medios de producción y acrecentar la productividad del trabajo, pero su valorización, que está determinada por la relación entre trabajo necesario y plustrabajo, cada vez se hace más difícil a medida que la capacidad productiva se desarrolla, como escribe Marx:

[...] “Por consiguiente, cuanto más desarrollado sea ya el capital, cuanto más plustrabajo haya creado, tanto más formidablemente tendrá que desarrollar la fuerza productiva para valorizarse a sí mismo en ínfima proporción, vale decir, para agregar plusvalía, porque su barrera es siempre la proporción entre la fracción del día –que se expresa en trabajo necesario– y la jornada entera de trabajo. Únicamente puede moverse dentro de este límite. Cuanto menor sea ya la fracción que corresponde al trabajo necesario, cuanto mayor sea el plustrabajo, tanto menos puede cualquier incremento de la fuerza productiva reducir perceptiblemente el trabajo necesario [...]. La autovalorización del capital se vuelve más difícil en la medida en que ya esté más valorizado” [G, I, 283-284]⁴

Esta realidad de la producción capitalista que aquí se muestra al nivel de abstracción del Libro I de *El Capital*, el del “capital en general” que contempla el “trabajo en general”, se manifiesta, al nivel de abstracción del Libro III, el de los capitales particulares y de la competencia, bajo la forma de una tendencia a la baja de la tasa de ganancia. Una tasa de ganancia suficiente para que la producción tenga lugar es el punto de partida de una acumulación cuyo resultado es una tendencia a la baja de la tasa de ganancia. Ésta provoca a su vez una aceleración de la acumulación cuyo objetivo es restablecer las condiciones de una producción rentable, pero que arrastra una nueva tendencia a la baja de la tasa de ganancia. Si la baja no se realiza permanentemente como tal en la realidad, aparece al contrario continuamente bajo la forma de una tendencia a acumular. Caída de la tasa de ganancia y acumulación acelerada, como escribe Marx, “*sólo son diferentes expresiones del mismo proceso en la medida en que ambas expresan el desarrollo de la fuerza productiva*” [K, VI, 309].

Esto pone a la luz el hecho singular de que la tasa de ganancia tiende a bajar, no porque el trabajo sea *menos* productivo, sino porque es *más* productivo. La tendencia progresiva a la baja de la tasa de ganancia es, como dice Marx, “*una expresión, peculiar al modo capitalista de producción, al desarrollo progresivo de la fuerza productiva social del trabajo*” [K, VI, 271]. La dificultad creciente de valorización del capital se expresa en último término en una caída efectiva de la tasa de ganancia, en una

⁴ Para reducir el número de citas a pie de página, las numerosas referencias a los trabajos de Marx se incorporan en el texto según la siguiente anotación: Los dos tomos de los *Manuscritos de 1857-1858* conocidos como “*Grundrisse*”, (publicación en castellano: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. 8 ed. México: Siglo XXI, 1980), se indican con la letra G seguida del número del tomo o volumen en números romanos (I o II) y la página: así [G, I, 280] remite a la página 280 del tomo I de los *Grundrisse*. El mismo principio para los ocho tomos de *El Capital: crítica de la economía política* (Ed. Siglo XXI, 1975), identificado con la letra K; *Las teorías sobre la plusvalía «libro IV» de El capital*. (Ed. FCE, 1980) como TPV y con A.D. el *Anti-Dühring: o la revolución de la ciencia de Eugenio Dühring (Introducción al estudio del socialismo)*, de F. Engels, ed. Ciencia Nueva, Madrid, 1968,

disminución o una parada de la acumulación, en “*la sobreproducción, la especulación, las crisis y el capital superfluo, además de la población superflua*” [ídem, 310].

Escasez de plusvalía y superabundancia de mercancías

El punto de partida de la comprensión de las crisis según Marx se encuentra en su análisis al nivel de abstracción del "capital en general", desarrollado en los *Manuscritos de 1857-1858* o “*Grundrisse*”. Estos son sus rasgos esenciales.

La circulación del capital $D - M - D'$ es la unidad contradictoria de dos momentos distintos de la producción y la circulación, cuya separación abre la posibilidad de una crisis. El proceso de valorización del capital, que no se cumple hasta que no termine su ciclo completo, es decir, sus fases de producción y de circulación, pasa en primer lugar, en su fase de producción, por una *desvalorización* del capital. Transformado de capital-dinero en medios de producción materiales y en fuerza de trabajo, es decir, en capital productivo, ha perdido por este hecho la *forma* del valor, la de la riqueza universal que es el dinero. Al término de la fase de producción, el capital existe en forma de capital mercancía, una mercancía que posee idealmente un precio, pero el valor añadido que contiene debe aun *realizarse* por medio de la venta, lo que permitirá al capital recobrar la forma de dinero de la riqueza universal. “*Supongamos – escribe Marx – que este proceso fracasa y la sola separación basta para hacer este fracaso posible... entonces el dinero del capitalista se habrá transformado en un producto sin valor, no sólo no habrá acrecentado su valor, sino que habrá perdido su valor inicial*” [G, I, 342]. En el proceso de producción como tal, la valorización del capital aparecía como solamente dependiente de la relación entre trabajo vivo y trabajo objetivado o trabajo muerto, entre trabajo asalariado y capital. En el proceso de circulación, la valorización aparece como una simple relación entre la cantidad producida de una mercancía y la necesidad social solvente de esta mercancía.

La cuestión que se plantea es entonces la siguiente: ¿la valorización del capital en la producción implica su valorización en la circulación? [ídem, 350]. En su respuesta a esta pregunta, explica Marx, la economía política clásica se divide en dos campos: el de Ricardo⁵ para quien está en la naturaleza del capital superar los obstáculos a su

⁵ David Ricardo (1772-1823): uno de los principales representantes de la economía política clásica.

fructificación, obstáculos que él considera como puramente contingentes; y el de Sismondi⁶ para quien estos obstáculos son debidos al mismo capital e intuye que las contradicciones que de ello derivan conducen necesariamente al capitalismo a su pérdida. Sismondi, escribe Marx, “*ha captado más profundamente el carácter limitado de la producción fundada sobre el capital*”, mientras que Ricardo ha “*comprendido la esencia positiva del capital con mayor justeza y perspicacia*”, incluso si él nunca llegó a “*comprender las crisis modernas reales*” [ídem, 350]. Para Marx, que de alguna manera tiene en cuenta las aportaciones positivas de las dos escuelas, la producción capitalista es la unidad del proceso de trabajo y del proceso de valorización, una unidad que no es directa o inmediata, sino que ella misma es un proceso [ídem, 346] por el que las contradicciones entre producción y valorización son al mismo tiempo superadas (“la esencia positiva” del capital puesta en evidencia por Ricardo) y continuamente reproducidas a una escala más amplia, expresión del carácter limitado, histórico y transitorio del capitalismo (presentido por Sismondi).

Este límite, inherente no a la producción en general sino a la producción basada en el capital, se manifiesta periódicamente en crisis de *sobreproducción* [ídem, 354]. Su origen está en la relación fundamental de la producción capitalista, el intercambio entre capital y trabajo asalariado, y con la sola finalidad de este intercambio, la extracción de plusvalía. El trabajo asalariado no existe más que en función de la plusvalía que genera, el trabajo necesario no existe más que como condición del plustrabajo; el capital no tiene necesidad del trabajo más que en la medida en que le permita ponerse en valor, producir plusvalía. Tiene por tanto tendencia a restringir el trabajo necesario para aumentar el plustrabajo y la plusvalía que es su expresión en valor, a restringir el trabajo vivo y en consecuencia la creación de valor.

Resulta de aquí una tendencia simultánea a restringir tanto la esfera del intercambio como la creación de valor. La *insuficiencia de plusvalía*, causa última de la crisis localizada en la producción, se manifiesta sobre el mercado de manera inversa, bajo la forma de una *superabundancia de mercancías* (invendibles). La tendencia del capital a valorizarse sin límites “*es idéntica al hecho de poner límites a la esfera del intercambio... a la realización del valor planteada en el proceso de producción*” [ídem, 362]. Más allá de un cierto punto, el estallido de la crisis realiza una “*desvalorización*

⁶ Jean-Charles Sismonde de Sismondi (1773-1842): oponente de Ricardo.

general o destrucción de capital”, provoca una disminución de la producción, hasta que vuelva a ser “*reconstituida la relación entre trabajo necesario y plustrabajo que, en última instancia, está en la base de todo*” [ídem, 385-386].

¿Rentabilidad deficiente o desequilibrio del mercado?

En el nivel de abstracción del libro III de *El Capital*, en el que el problema de la valorización es tratado no en los términos abstractos del “capital en general” y de la relación entre trabajo necesario y plustrabajo, sino en los términos de los capitales particulares y de los beneficios que obtienen, las crisis se presentan como momentos *necesarios* de la acumulación del capital y de la evolución de la tasa de ganancia que es su principio motor.

Son la expresión de la carrera contrarreloj entre la bajada tendencial de la tasa de ganancia, el alza de la tasa de plusvalía y de la composición orgánica del capital. Son la manifestación periódica de una valorización insuficiente del capital. Marcan una parada o ralentización de la acumulación cuya función es restablecer las condiciones de una rentabilidad suficiente del capital y permitir una nueva puesta en marcha de la acumulación. Por retomar la caracterización de John Fullarton⁷, citado por Marx, las crisis son “*el correctivo natural y necesario de una opulencia excesiva e hipertrofiada, la vix medicatrix (la virtud medicinal, el medicamento), que permite a nuestro sistema social tal y como está constituido actualmente, de aliviarse de una plétora que vuelve sin cesar a amenazar su existencia, y recobrar un estado sano y sólido*” [G, II, 343]. Entendidas de esta manera, como acabamos de ver, son un fenómeno cuyo origen se sitúa en el nivel de la producción de plusvalía y no en el nivel del mercado donde se venden las mercancías y se realizan los valores producidos, incluso si se manifiestan necesariamente como un fenómeno de mercado.

Esta comprensión de la teoría marxista de las crisis no es compartida unánimemente. Se enfrentan diversas interpretaciones que se explican sobre todo por el

⁷ John Fullarton (1780-1849) fue, en el debate sobre los mecanismos de la expansión monetaria en el siglo XIX, un representante del “principio del crédito bancario” (*banking principle*), en oposición a los que sostenían el “principio monetario” (*currency principle*), influenciados por Ricardo y los antecesores del actual monetarismo

hecho de que Marx analiza las crisis a distintos niveles de abstracción que son otras tantas etapas sucesivas de una explicación única y cuya posibilidad general él localiza, dentro de la producción capitalista, en la separación de la producción y de la circulación. Sin embargo, muchos autores han creído descubrir en Marx varias teorías sobre las crisis. Marx las explicaría, bien como resultado de una caída de la tasa de beneficio, bien como la imposibilidad de realizar la totalidad de la producción en el mercado. Por su parte, las crisis de este último tipo o “crisis de realización”, se explicarían bien por una capacidad de consumo muy débil en relación a la producción existente, bien por las desproporcionalidades que dan lugar a producciones excedentarias para ciertos productos, y para otros deficitarias.

Pero las crisis no pueden explicarse así. Desproporcionalidad entre los sectores y desequilibrio entre producción y consumo no son hechos excepcionales en una economía de mercado, desregulaciones momentáneas que precipitaran la economía en crisis. Son, al contrario, la regla y existen permanentemente. Es más bien excepcionalmente y por puro azar que se consigue el equilibrio en una economía en la que se impone *“la relación de la producción global, como una ley ciega, a los agentes de la producción, y no sometiéndose a su control colectivo como una ley del proceso de producción captada por su intelecto asociado, y de ese modo dominada”*. En un marco así, *“la proporcionalidad entre los diversos ramos de la producción se establece como un proceso constante a partir de la desproporcionalidad”* [K, VI, 329-30]. Crisis “parciales” causadas por las desproporcionalidades entre los sectores ciertamente pueden sobrevenir. Este tipo de crisis, que pueden reabsorberse por la simple redistribución del capital y del trabajo entre sectores [TPV, II, 479], es sin embargo diferente de la crisis general de sobreproducción cuya reabsorción necesita un reequilibrio de otra naturaleza, el restablecimiento de otro tipo de proporcionalidad, que *“en última instancia está en la base de todo”*, es decir, la relación entre trabajo necesario y plus-trabajo, como hemos visto anteriormente.

El subconsumo, como fenómeno permanente que es, no puede explicar las crisis

La debilidad del consumo de la masa de la población tampoco puede ser entendida como la causa de las crisis capitalistas. Como explicaba Engels en el Anti-Dühring:

Desgraciadamente, el menor consumo de las masas [...] no es un fenómeno nuevo; subsiste desde que hay clases explotadoras y explotadas. [...] el menor consumo es un fenómeno histórico permanente desde hace millares de años, y si, por otra parte, el estancamiento general de las salidas señalado violentamente por las crisis debidas al excedente en la producción, se manifiestan sólo desde hace 50 años [...] el bajo consumo de las masas [...] nos dice tan poco respecto de las causas de la actual existencia de la crisis como de su ausencia en el pasado [A.D. 310]⁸.

En la producción capitalista, escribe Marx, el subconsumo es un fenómeno permanente engendrado por el proceso mismo de la acumulación del capital:

Puesto que el fin del capital no es la satisfacción de las necesidades, sino la producción de ganancias, [...]debe producirse constantemente una escisión entre las restringidas dimensiones del consumo sobre bases capitalistas y una producción que tiende constantemente a superar esa barrera que le es inmanente [K, VI, 329].

Un fenómeno permanente de la producción capitalista no puede ser invocado como explicación de incidentes transitorios como son las crisis. El subconsumo es, no la causa de la crisis, sino una condición de la acumulación. Se constata a partir del doble papel de los trabajadores asalariados, como productores de plusvalía y como consumidores. Por un lado, el aumento de su poder adquisitivo aparece como una garantía de venta de los productos en el mercado. Por otra parte, la restricción salarial es condición de la valorización del capital:

Cada capitalista sabe, respecto de sus obreros, que no se les contrapone como productor frente a los consumidores y desea reducir al máximo el

⁸ Véase nota 4 para la referencia del Anti-Dühring en castellano [Disponible en: [Les Classiques des sciences sociales: http://classiques.uqac.ca/](http://classiques.uqac.ca/) Jean-Marie Tremblay.]

consumo de ellos, es decir, su capacidad de cambio, su salario. Desea, naturalmente, que los obreros de los demás capitalistas consuman la mayor cantidad posible de sus propias mercancías. Pero la relación entre cada capitalista y sus obreros es la relación general entre el capital y el trabajo, la relación esencial. Ello no obstante, la ilusión –correcta para el capitalista individual, a diferencia de todos los demás- de que a excepción de sus obreros todo el resto de la clase obrera se le contraponen como consumidores y sujetos del intercambio, no como obreros sino como dispensadores de dinero, surge precisamente de allí. [G, I, 373-374]

Dado que la relación esencial es la correlación del capital con el trabajo asalariado, la proporcionalidad, cuyo restablecimiento por la crisis tiene por objeto asegurar la recuperación, es la que establece la cantidad apropiada de plus-trabajo suministrada por una cantidad dada de trabajo necesario. La relación entre trabajo y capital es, pues, una proporcionalidad de un género particular, diferente de la que caracteriza el equilibrio entre producción y consumo o el intercambio entre sectores de producción y el reparto de capitales invertidos en ella (y del trabajo correspondiente). La crisis se manifiesta pues como el medio de restablecer por la fuerza una proporcionalidad adecuada entre trabajo necesario y plus-trabajo [G, II, 238].

La explicación de las crisis de sobreproducción por la insuficiencia del consumo final, es decir, del consumo de bienes de consumo, equivale a considerar sobreproducción y subconsumo como dos expresiones equivalentes de un mismo fenómeno. Ahora bien, la sobreproducción general de mercancías que caracteriza la crisis no es únicamente una sobreproducción de bienes de consumo, es igualmente sobreproducción de medios de producción. El subconsumo de bienes de consumo no es por tanto más que una de las dimensiones de la sobreproducción general que es al mismo tiempo sobreproducción de medios de trabajo:

[...] periódicamente se producen demasiados medios de trabajo y de subsistencia como para hacerlos actuar en calidad de medios de explotación de los obreros a determinada tasa de ganancia. Se producen demasiadas mercancías para poder realizar el valor y el plusvalor contenidos o encerrados en ellas, bajo las condiciones de distribución y consumo dadas por la producción capitalista y reconvertirlo en nuevo capital, es decir para llevar a cabo este proceso sin explosiones constantemente recurrentes [K, VI, 331].

La interrupción de la acumulación del capital en sus componentes constante y variable, que conduce a una caída de la demanda de medios de producción y de bienes de consumo, aparece así a nivel de mercado como una insuficiencia de la demanda global, intermediaria y final, y no de los solos bienes de consumo.

La cuestión se resume de hecho en determinar si las crisis son el resultado de un *desequilibrio del mercado*, superables mediante un reajuste apropiado, es decir, por medio de un equilibrio de la oferta y la demanda y de las proporcionalidades entre los sectores, o si son el resultado de las *dificultades crecientes de valorización* del capital, superables solamente por medio del *restablecimiento de la rentabilidad*, por una producción suficiente de plusvalía. Aunque siempre se manifiesten exteriormente como fenómenos de mercado, las crisis se explican a partir de las condiciones de fructificación del capital, es decir, de la producción de plusvalía; sin ser inmediatamente perceptibles, ellas son, sin embargo, el motor de la producción capitalista. Se confirma así de nuevo la reflexión de Marx según la cual “*toda ciencia sería superflua si la forma de manifestación y la esencia de las cosas coincidiesen directamente*” [K, VIII, 1041].

Subconsumo y exceso de plusvalía: los precursores.

Para la economía política clásica, así como para la teoría neoclásica, las crisis son incidentes cuya existencia se atribuye al azar o a causas exteriores al funcionamiento normal de la economía de mercado. El principio económico básico de estas dos escuelas es el equilibrio del mercado. Para los clásicos, especialmente para Ricardo, éste se encarna en la ley de Say⁹ según la cual la economía de mercado es un sistema de equilibrio en el que la oferta induce la correspondiente demanda. Según esta concepción, una oferta o una demanda excedentaria de tal mercancía o en tal sector puede evidentemente producirse de manera momentánea, pero en ese momento provoca un reajuste de los precios que tiende a restablecer el equilibrio, de manera que una sobreproducción generalizada se considera imposible. Como de todas formas tales crisis se producen, a pesar, por así decir, de la teoría, algunos teóricos se han visto forzados a dar la espalda a la teoría clásica y a su explicación de las crisis como resultado de

⁹ Jean-Baptiste Say (1767-1832) : representante de la economía política clásica. [Ver las obras de este autor en [Les Classiques des sciences sociales: http://classiques.uqac.ca/](http://classiques.uqac.ca/) Jean-Marie Tremblay.]

causas externas al funcionamiento del sistema. Para Sismondi, las crisis de sobreproducción son causadas por el *subconsumo* generado por un *reparto desigual de la ganancia*. Se le puede pues considerar como el fundador de la teoría subconsumista de las crisis capitalistas.

El análisis de Sismondi fue retomado por su contemporáneo Thomas Robert Malthus (1766-1834), y después, casi cien años más tarde, a principios del siglo XX, por John Hobson en el contexto del capitalismo que entraba en su fase avanzada, en una obra de 1902 titulada “Estudio del imperialismo”, en inglés “*Imperialism: A Study*”. Según él, la voluntad de conquistar nuevos mercados para dar salida tanto a la producción excedentaria como al ahorro que no podía invertirse en el mercado interior, está en el origen del imperialismo. La producción y el ahorro excedentarios se explican por su parte por un *subconsumo obrero que no es capaz de absorber toda la producción* y ello supone un límite a las inversiones rentables y origina crisis periódicas. Al enunciar las tesis de John Maynard Keynes, Hobson ve la intervención del Estado a favor de una redistribución de los ingresos y de una estimulación de la demanda como el medio de superar las dificultades de la economía capitalista.

En el interesante debate que tuvo lugar en el seno de la Socialdemocracia internacional en el tránsito del siglo XIX al XX, la interpretación subconsumista de la teoría marxista de las crisis también tuvo sus defensores. Aun admitiendo que la falta de proporcionalidad entre los sectores de producción pueda estar en su origen, Karl Kautsky (1854-1938)¹⁰ defendía el punto de vista según el cual la razón última de las crisis se encuentra en el subconsumo. Otros participantes en el debate, entre los cuales Conrad Schmidt y Henri Cunow, defendieron también esta tesis. Es sin embargo Rosa Luxemburg (1871-1919) la que sigue siendo la principal defensora de la corriente subconsumista de la época. Según ella, el valor producido al no poder ser realizado en su totalidad en un mercado capitalista incapaz de absorberlo, debe ser realizado mediante un intercambio con “el sector no capitalista” (artesanos, campesinos,...) dentro de los países capitalistas, y por la exportación de las mercancías hacia países donde el capitalismo aún no está implantado.

¹⁰ Dirigente de la II Internacional, es junto con Eduard Bernstein y Rudolf Hilferding un representante de la corriente «revisionista» que se desarrolló en el quicio de los siglos XIX y XX.

La explicación de las crisis por el subconsumo también ha tenido sus defensores modernos. Se encuentra enunciada particularmente por Paul Baran (1910-1964) y Paul Sweezy (1910-2001), sobre todo en una obra titulada *Monopoly Capital*¹¹, publicada en 1966 y que conoció una amplia difusión. El papel predominante de los monopolios en la fase avanzada del capitalismo y su influencia sobre el nivel de los precios tienen en su opinión como efecto *acrecentar la masa de valor captado bajo la forma de plusvalía, cuya cantidad excedería en consecuencia las capacidades de acumulación*. Estaríamos aquí en presencia de dificultades de acumulación atribuibles *no a una insuficiencia, sino a una sobreabundancia de plusvalía*, término que los autores prefieren sustituir por el de *superávit*. Encontramos aquí una anticipación de la tesis de la “*plusvalía en exceso*” enunciada por Alain Bihr. Para Baran y Sweezy, la reabsorción de la crisis y del estancamiento reposa sobre la absorción de ese superávit por diversos medios entre los cuales el gasto público, “el esfuerzo de venta” o los gastos de publicidad, el derroche puro y simple, el militarismo y el imperialismo, entre otras maneras de utilizar las capacidades excedentarias para resolver el problema de la insuficiencia de la demanda global, de crear empleo y generar ganancias. Llegan así a conclusiones que en el fondo coinciden con las del análisis keynesiano.

II La naturaleza de la crisis actual

Más allá de las variantes, la interpretación subconsumista de la actual crisis puede resumirse como sigue:

- su origen se encuentra en un reparto de los ingresos cada vez más desfavorable a los salarios y favorable a los beneficios.
- falta de inversiones rentables en la industria y el comercio, estos beneficios han sido invertidos masivamente en los mercados financieros.
- la insuficiencia de ingresos salariales ha empujado a las familias a endeudarse en proporciones excesivas sobre estos mercados financieros, en particular para acceder a la propiedad de su vivienda, lo que ha llevado a la crisis.

¹¹ Publicado en francés con el título *Le capitalisme monopoliste*, París, Maspero, 1970.

- una modificación del reparto de los ingresos a favor de los salarios permitiría resolver este problema de subconsumo.

Así queda expresada, en lo esencial, por Alain Bihr en su mencionado artículo “El triunfo catastrófico del neoliberalismo”, que se apoya en particular sobre la tesis formulada por Michel Husson de una tasa de acumulación “*que no alcanza la tasa de beneficio*”¹². En estos términos se expresa también Jean-Jacques Chavigné en “El sistema capitalista en crisis. El pretendido plan de relanzamiento de Sarkozy”¹³, así como Eric Pineault, en Quebec, en un artículo titulado “Los orígenes profundos de la crisis”¹⁴.

Si es incontestable que el relanzamiento de la economía de Estados Unidos, por medio del sector inmobiliario y de las bajísimas tasas de interés, estimuló artificialmente la demanda por el endeudamiento de las familias después del estallido de la burbuja tecnológica de 2001-2002, y que los préstamos hipotecarios de alto riesgo han sido el detonante de la crisis financiera actual, una simple ojeada sobre los procesos que han llevado al desastre no puede sino conducir al rechazo de la hipótesis que sitúa su origen en la insuficiencia de ingresos y en el endeudamiento que de ello se ha derivado.

Lejos de ser la expresión de una aspiración legítima de los consumidores incapaces de adquirir este bien de consumo esencial que es la vivienda, al precio de un endeudamiento hipotecario a largo plazo, la formidable burbuja inmobiliaria que se desarrolló en Estados Unidos desde 2001 hasta 2006, pero también en otros países como Inglaterra, España e Irlanda y que estalló en 2007, es el resultado de una poderosa especulación que transformó la vivienda de residencia en activo financiero con posibilidad de reventa con beneficio. Esta especulación dio lugar a un fuerte exceso de inversión en la construcción de viviendas y, en consecuencia, a una enorme sobreproducción que no puede ser equiparada a cualquier subconsumo derivado de una contracción, por otra parte muy real, del poder de compra de los asalariados.

¹² Ver « *La finance et l'économie réelle* », en la pág.web husso-net.free.fr/attacris.pdf.

¹³ Artículo aparecido en *Démocratie et socialisme. Mensuel pour ancrer le Parti socialiste à gauche*, número 159-160, París, diciembre 2008, p. 25.

¹⁴ Aparecido en *La Presse*, Montréal, 20 diciembre 2008.

Bajo una fuerte incitación de los proveedores de crédito y promotores inmobiliarios, depredadores en un universo desregulado, un número cada vez más grande de familias, en particular familias no solventes, se dejaron convencer de que viviendas sin relación con su poder adquisitivo, ahora les eran accesibles, que sus precios no iban a dejar de subir, que si querían podían revender rápidamente con beneficio su vivienda recientemente adquirida e inmediatamente comprar otra más espaciosa, más lujosa y más cara, en un movimiento de enriquecimiento sin fin; y que, en caso de que fueran incapaces de rembolsar la hipoteca, siempre podían librarse vendiendo con beneficio su propiedad. Cuando llegó la saturación, la sobreproducción se manifestó en una caída de los precios de las viviendas y un colapso masivo de los préstamos hipotecarios de riesgo.

Habiendo ya descendido un 23% a principios de 2009, después de haber alcanzado su tope en 2007, los precios de las viviendas disminuirían aun un 15% en Estados Unidos antes de estabilizarse, según un estudio de Merrill Lynch¹⁵, debido a lo que ella califica como el nivel insostenible de los stocks de viviendas nuevas no vendidas, que no se venderían sino después de un plazo de casi un año. Para liquidar los enormes restos de esta sobreproducción, la autora evoca la hipótesis draconiana de una reducción de la oferta de viviendas nuevas mediante la imposición de una moratoria de la construcción.

La crisis inmobiliaria derivó en crisis financiera, después en crisis de la economía real, mientras que la sobreproducción se manifestó mediante una reducción general de la producción manufacturera mundial que cayó a un ritmo anual del 20 % en el curso del último trimestre de 2008¹⁶. Comentando la situación particular de la industria del automóvil, en la que la General Motor y Chrysler afrontan hoy una quiebra inminente, al tiempo que Toyota, Nissan y Mazda están considerando reclamar también la ayuda gubernamental para superar la crisis, el semanario *The Economist* caracteriza la situación de “*supercapacidad crónica*”, ya que la industria puede producir 94 millones de coches al año a escala mundial mientras que la demanda apenas alcanza unos 60 millones de coches y, a pesar de ello, se planteaban recientemente la construcción de

¹⁵ *La Presse Affaires*, Montréal, 19 enero 2009, p. 2.

¹⁶ *The Economist*, Londres, 17 enero 2009, p. 13.

nuevas fábricas en los países del BRIC (Brasil, Rusia, India y China)¹⁷. Y lo mismo ocurre con la industria electrónica cuya gloria ostentan las japonesas Sony, Panasonic, Hitachi, Toshiba, NEC, Canon y Sharp; todas están forzadas a proceder a numerosos cierres de fábricas y a despidos masivos por haber fabricado inmensas sobrecapacidades de producción en una carrera desenfrenada por la conquista de mercados y la eliminación de competidores.

¿Se puede concebir tal sobreproducción general como la imagen inversa de un subconsumo y caracterizar la actual crisis como, tomando la expresión de Alain Bihl, una “*crisis de sobreproducción por subconsumo relativo de los asalariados*”¹⁸? Es justamente lo contrario lo que la realidad pone en evidencia. La primera potencia económica del mundo, Estados Unidos, donde la crisis actual se desencadenó, ha sido desde al menos los últimos quince años el lugar del impulso, no de un subconsumo, sino de un fortísimo *sobreconsumo*, sobre todo de productos de importación, que motivó un déficit crónico de su balanza corriente de pagos con el extranjero. Este déficit alcanzó un 6 % del PIB en 2006 y fue financiado por los abundantes excedentes de países como Japón y China a los que les llegaron ingresos de las mercancías exportadas sobre todo a EEUU, fruto de su capacidad de producción, parte ella misma de la sobrecapacidad mundial.

Desde 2000 a 2008, 5,700 billones de dólares, es decir, el 40% del PIB de 2007, entraron de esa manera en EEUU, donde vieron cómo el ahorro extranjero financiaba su enorme consumo excedentario. Gran Bretaña, España e Irlanda, golpeadas por las burbujas inmobiliarias, conocieron también importantes déficits corrientes, fruto de un consumo excedentario que el ahorro extranjero hizo posible. En el mismo periodo, 2000 a 2008, se beneficiaron del aporte de fondos extranjeros que representaban respectivamente el 20%, el 50% y el 20% de sus PIB de 2007¹⁹.

Ni que decir tiene que el ahorro extranjero que financió el sobreconsumo de estos países se realizó en detrimento del consumo en los países cuya economía está fundada en las exportaciones. China es el mejor ejemplo con exportaciones que representan el

¹⁷ Idem, p. 68.

¹⁸ « Le triomphe catastrophique... », p. 10.

¹⁹ *The Economist*, Londres, 24 enero 2009, « A special report on the future of finance », p. 3, 4.

35% de su PIB. Por esto mismo llegó a ser, a finales de 2008, el primer acreedor de Estados Unidos por delante de Japón. Lejos de ser un obstáculo que evitara la crisis, los bajísimos salarios y el débil consumo al que dan acceso, han sido más bien, como es natural en el capitalismo, un poderoso factor de crecimiento y acumulación. Más aun, la participación de los salarios en el PIB de China ha caído de un 53% en 1998 a un 40% en 2007²⁰, periodo en el curso del cual la tasa de crecimiento del PIB pasó de un 8% a un 13%.

Atraídos por estos bajos salarios y su capacidad de compensar la escasez de plusvalía a la que se enfrentaban los países desarrollados, los capitales extranjeros invirtieron masivamente en estos países en medios de producción, multiplicando el PIB por diez en treinta años, después del viraje hacia el capitalismo emprendido bajo la dirección de Deng Xiaoping en 1978 que propulsó a China al rango de tercera potencia económica mundial. En el centro de la crisis actual, decenas de miles de cierres de fábricas y millones de pérdidas de empleos que alimentan en esos países una crisis social, son la manifestación local evidente de que esta componente, en adelante factor superior de la economía global, está en el corazón de la crisis mundial de sobreproducción de mercancías y sobre acumulación de capital.

Esta situación de sobreproducción de mercancías y de sobre acumulación de capital bajo forma de medios de producción, que alcanza a todos los sectores y a todos los países, no puede sino plantear interrogantes sobre la conclusión de Michel Husson según la cual *“la baja continua de la parte de las riquezas producidas que revierte en los salarios [...] ha permitido un restablecimiento espectacular de la tasa de beneficio a partir de la mitad de los años 1980, pero ese acrecentamiento de beneficios no ha sido utilizado para invertir más”*²¹.

Es tan poco creíble como la hipótesis corolaria que sitúa la fuente de la crisis financiera sólo en el crédito a riesgo concedido a las familias. El capital invertido en el crédito a las familias no constituye efectivamente más que la mínima parte de la gigantesca masa de capital ficticio que circula libremente en el mundo según las perspectivas de beneficio y de la especulación. Es en este capital hinchado

²⁰ The Economist, Londres, 31 enero 2009, « Troubled tigers », p. 77.

²¹ « La finance et l'économie réelle », artículo citado, p. 1, 2.

artificialmente y en todo momento amenazado de liquidación donde se encuentra la fuente profunda de la crisis financiera. Expresión de este gigantismo es el valor mundial de los productos derivados de cualquier tipo de transacción que a finales de 2008 era del orden de 700 billones de dólares²², es decir, alrededor de 14 veces el producto mundial bruto. Recordando que el valor de los activos de los fondos comunes de inversión perdió 2400 millones de dólares en Estados Unidos en 2008 y que la capitalización bursátil mundial cayó 30 billones, el semanario *The Economist* del 6 de diciembre de 2008 escribe que pérdidas de tal magnitud dejan en la sombra las pérdidas originadas por los títulos ligados al crédito a las familias que desencadenaron la crisis financiera en 2007.

En un número especial titulado “The World in 2009”, el mismo semanario preveía que el año 2009 estaría marcado por las quiebras masivas de empresas y de bancos a causa sobre todo de su recurso en gran escala a préstamos hipotecarios de alto riesgo (bonos basura) que son para las empresas el equivalente de los préstamos hipotecarios de alto riesgo contraídos por las familias. Al igual que las familias, las empresas han cedido en el curso de los últimos años al atractivo de los bajos tipos de interés y la instigación de los prestamistas para financiar sus préstamos. Dos tercios de los préstamos concedidos a las empresas en 2007 eran préstamos a riesgo, según el semanario. Una vez vencido su plazo, la gran mayoría en 2009, se prevén fuertes tasas de quiebra. Esto tendrá, entre otras, una incidencia severa en el mercado de 55 billones de dólares de los títulos de garantía contra el riesgo de fracaso de los prestatarios (*credit default swaps*), transformándose en multiplicadores de la crisis cuando su función era prevenirla. Ello con las evidentes consecuencias sobre la economía real.

III – ¿Relanzar la acumulación mediante el consumo?

Si el origen de la crisis no está en el bajo consumo, ¿puede basarse su reabsorción en la estimulación de la demanda global, eje de la política económica keynesiana avanzada por el conjunto de gobiernos y organismos internacionales para

²² The Economist, Londres, 31 enero 2009, p. 83. Esta suma se multiplicó por 9 en diez años

intentar superar la crisis actual? Efectivamente en todas partes se vienen anunciando programas de relanzamiento fundados en estímulos monetarios y fiscales destinados a promover el crecimiento de la producción y del empleo por medio de la demanda de bienes de consumo y la inversión pública y privada: bajadas de las tasas de interés, reducción de impuestos, subida del salario mínimo, ayuda a los parados, a los más desfavorecidos, subvenciones a las empresas en dificultad y obras de infraestructura.

¿Son adecuados estos medios para alcanzar el fin que se les asigna? Para que lo fueran haría falta que pudieran resolver el problema que motiva su utilización, es decir, el bloqueo de la acumulación. Los gastos públicos estimulan la actividad económica. La producción inducida por ellos, en particular vía trabajos públicos como construcción de carreteras, escuelas, hospitales, etc., aumenta la demanda global por medio de compras a la empresa privada y le aporta beneficios. Los otros gastos públicos, al crear ingresos que serán gastados, tienen también una incidencia en el sistema productivo al aumentar la demanda global. Todo hace pensar que estos gastos tendrán como efecto aumentar la cantidad global de beneficio que revierte en el capital privado y le aporta los ingredientes necesarios para superar sus dificultades de acumulación. Pero antes de sacar conclusiones, tenemos que preguntarnos sobre la fuente del financiamiento de los gastos públicos y sobre el uso, productivo o improductivo, al que están destinados.

La financiación de los gastos públicos proviene de los ingresos gubernamentales que, directa o indirectamente, se reducen todos, más allá de sus formas particulares, a dos fuentes: las imposiciones sobre las rentas del capital y sobre los ingresos del trabajo asalariado, es decir, en un sentido amplio, sobre los beneficios y sobre los salarios; los préstamos son equivalentes a los impuestos diferidos. Todo impuesto sobre los beneficios supone una reducción de su parte acumulable (capitalizable). Las sumas obtenidas de los impuestos sobre los beneficios pueden, total o parcialmente, revertir en el capital por la vía de las subvenciones a las empresas en dificultades. Globalmente, el capital recupera así, nuevas sumas disponibles para la acumulación. Las sumas extraídas del impuesto sobre los beneficios les vuelven igualmente de manera indirecta por medio de los servicios que el Estado encarga a las empresas privadas. Pero la aportación neta es la que le llega del impuesto sobre los salarios.

La producción promovida por el Estado no mejora la situación desde el punto de vista del beneficio global más que cuando su financiamiento proviene de la sangría de los salarios. De hecho, la condición que permite la mejora es esencialmente aquella de la que depende en general la producción y la acumulación capitalistas, a saber, la relación entre trabajo asalariado y capital, entre salario y beneficio; en otros términos, la posibilidad para el capital de explotar cada vez más la fuerza de trabajo por medio del Estado. El gasto público y el aumento de la demanda global a la que da lugar, no juegan más que un papel de intermediario; su efecto, si tiene que ser positivo, descansa sobre fundamentos situados fuera de ellos. La producción inducida por el Estado es, por sí misma, inadecuada para remediar las dificultades de acumulación.

Pero esto no es más que la primera dimensión de un proceso que, a fin de cuentas, no será necesariamente favorable a la acumulación. Todo depende de aquello a lo que será asignado el dinero percibido por el Estado. Devuelto a las empresas privadas en subvenciones directas o bajo forma de ayuda de diverso tipo a su actividad rentable, el dinero influirá favorablemente en la acumulación. Invertido en asignaciones para los desempleados, los jubilados, ayudas sociales, o asignado a la financiación de servicios públicos (sanidad, educación, transporte, red viaria, instalaciones sanitarias, defensa, seguridad pública, etc.) y de obras públicas, en una palabra, gastado improductivamente, es un lastre para la acumulación. Para ser productivo en el sentido capitalista del término, el gasto público no tiene que ser productivo “en general” o productor de bienes útiles, sino productivo para el capital, generador de beneficio.

Gastos públicos improductivos para el capital

Pagados a una población excluida de la actividad productiva, los subsidios de ayuda a los desempleados, a asistencia social, a jubilados, etc., no son el equivalente a los salarios utilizados en cuanto capital variable, esto es, como salarios activos cuya función es hacer fructificar el capital. Son gastados por el Estado directamente de los ingresos percibidos por el impuesto sobre los salarios y los beneficios del sector activo de la población. Al final servirán para la compra de bienes de consumo, compensando así la reducción del consumo final e intermedio, que resulta de los impuestos percibidos de los salarios y los beneficios. Pero desde el punto de vista del capital y de su

acumulación, los gastos públicos que propician este consumo no tienen la misma incidencia que la suma equivalente invertida en salarios a trabajadores activos. Consumidos de manera improductiva, son perdidos para la acumulación. Y para el capital, ninguna otra cosa cuenta. Desde el punto de vista del capital son improductivos.

Lo mismo ocurre con los gastos asignados a la financiación de los servicios públicos y obras públicas. Una inversión pública en infraestructuras es una inversión en el sentido general del término, en la medida en que el Estado pone en pie equipamientos material y socialmente necesarios. Pero si entendemos el término “inversión” no en este sentido general y social, sino en el sentido propio de la economía capitalista, el de la inversión del capital, es decir, inversión cuya finalidad consiste en fructificar, ya no se puede hablar del gasto público en infraestructuras como de una inversión, porque tal “inversión” es improductiva para el capital, es decir, no productora de beneficio. Una vez efectuada, la inversión inducida por el Estado, como por ejemplo en una nueva carretera, es puesta a disposición del público. En cuanto bien de consumo público, es de accesibilidad general y gratuita. El gasto público efectuado para ejecutarla, no origina ningún ingreso.

Una inversión productiva es una inversión que fructifica. Multiplicándose, llega a ser capaz de “pagar por sí misma”, de producir ella misma los fondos necesarios para la amortización de su coste inicial, para su conservación y funcionamiento y, venido el caso, para su propia reproducción a una escala mayor. No es éste el caso del gasto público que ocupa nuestra atención; éste es improductivo. La inversión pública a que da lugar no fructifica. No “se paga por sí misma”. Su amortización lo mismo que sus gastos corrientes de funcionamiento, de mantenimiento y reparación, tienen que ser financiados a partir de los ingresos anuales del Estado provenientes de otras fuentes: los impuestos y los préstamos. Evidentemente otra cosa sería el caso de una autopista de peaje cuyos gastos de utilización estarían fijados de manera a asegurar no sólo su autofinanciamiento, sino también la rentabilidad de un gasto que sería así una inversión en sentido propio. Estaríamos en este caso en presencia de un consumo de tipo privado, rentable, y no de un consumo público.

La única actividad generadora del aumento del beneficio global es la que proviene del relanzamiento de la inversión privada o de la inversión pública rentable,

de la creación de nuevas capacidades productivas cuyos productos están destinados no al consumo público no rentable, sino al consumo privado rentable. Ahí está la columna vertebral de la actividad en el régimen capitalista. El fin último de la política keynesiana y de los gobiernos que recurren a ella es precisamente lograr esos objetivos por medio de la intervención estatal en el restablecimiento de las condiciones de rentabilidad privada y la preservación del *statu quo ante* [dejar las cosas como estaban antes]

Un control necesario del Estado

Jurando, ayer mismo, no más que por el mercado, hoy los gobiernos intervienen masivamente a golpe de millones de euros de los fondos públicos, sobre todo para adquirir, sobre una base temporal y sin reivindicar el derecho de inspección sobre sus decisiones, una parte del capital de los grandes bancos, de compañías de seguros y de otros establecimientos privados, con el fin de asegurarles el rescate a costa de la colectividad y de poner las bases de una vuelta total a la iniciativa privada rentable y, por tanto, a la anarquía que es su fundamento y a futuras crisis que inevitablemente se derivan de ello. Para hacerlo invocan el argumento del “*too big to fail*” (una expresión consagrada de la jerga financiera anglófona que significa “demasiado grande para que caiga”) y agitan el espantajo de los riesgos, aun mayores por la economía y el empleo, que resultarían de una negativa de los poderes públicos a intervenir.

Estas intervenciones del Estado no tienen nada de la “socialización” que algunos les atribuyen, lo que sí ponen claramente en evidencia es el punto muerto al que conduce el sistema de propiedad privada cuando es dejado a su propia dinámica, y la obligación que se le impone de buscar la vía de salida de este *impás* al exterior de su propio escenario, es decir, fuera del marco de la iniciativa privada, apelando al Estado. La crisis actual pone sobre todo en relieve los límites de este sistema, la incompatibilidad, como decía Marx, entre el tamaño cada vez más grande, es decir, cada vez más social, de los medios producción y el carácter cada vez más privado y concentrado de su propiedad. Una incompatibilidad que indica la necesidad de propiedad y control público para su planificación democrática en cuanto que bienes colectivos puestos al servicio público, pero que apunta también con el dedo, dramáticamente, al grado actual de *desculturización* política, fruto de treinta años de

neoliberalismo, y la falta de preparación de la población trabajadora para hacer frente a este desafío. De ahí la urgencia de ponerse manos a la obra.

De cara al futuro, hay en primer lugar que tomar conciencia de que una empresa privada reputada “*too big to fail*” y cuya sobrevivencia reposa en el sostén del Estado debería ser considerada “*too big to remain private*”, demasiado grande para seguir siendo privada, bajo gestión privada y fuente de beneficios privados. La política mínima que se deduce de este corolario debería ser el rechazo de cualquier donación de fondos públicos que no vaya acompañada de una toma de posesión al menos parcial, si no completa, por parte del Estado, sobre una base permanente y con un control determinante de la gestión de las empresas a cuya ayuda acude.

Hay que destacar en este punto que hasta el muy conservador *Financial Times*²³ de Londres consideraba en noviembre último un eventual necesario control del Estado de los grandes bancos rescatados con fondos públicos y que sigan rehusando jugar su papel social de dispensadores de crédito a la población, destinando a otros usos el dinero público puesto a su disposición. Esta idea no ha cesado de ser tenida en cuenta por dirigentes políticos y medios financieros ante la constatación de fracaso de los planes de salvamento ya puestos en marcha, precisando claramente, sin embargo, su punto de vista según el cual la nacionalización, si hubiera que recurrir *in extremis* a ella, debería ser un rescate por parte del Estado al “precio justo de mercado” y no una expropiación, con la perspectiva expresa de devolver, en cuanto sea posible, a manos del capital privado, las empresas que vuelvan a ser rentables gracias al reflotamiento público.

La puesta bajo propiedad pública de los grandes bancos e instituciones de crédito garantizaría el ejercicio de esta función social que es la suya y haría desaparecer la especulación, el fraude y las indecentes remuneraciones de los dirigentes que gangrenan el sistema. Sería una herramienta clave a conquistar por la colectividad, el control sobre la organización general de la actividad productiva y distributiva. Por emplear los términos de Engels en el *Anti-Dühring*, este proceso constituye una “*necesidad económica objetiva*” que empuja al “*representante oficial de la sociedad*”

²³ Edición du 21 noviembre 2008.

capitalista, el Estado”, a tomar la dirección de las grandes empresas en esta etapa de su desarrollo, cuando llegan a ser “*realmente demasiado grandes para ser dirigidas por las sociedades anónimas*”. Una tal estatalización, precisaba Engels, “*significa un progreso económico, incluso si las lleva a cabo el Estado actual*”. Esto significa, “*que se ha alcanzado una nueva etapa, previa a la toma de posesión de todas las fuerzas productivas por la misma sociedad*”²⁴

La timidez de los planes de relanzamiento

Las conclusiones precedentes en cuanto a la naturaleza, improductiva para el capital, de los gastos públicos, no deben interpretarse como una sugerencia de que no deban ser puestas en marcha las medidas a las que dan lugar. Al contrario, los programas de reciclaje y de formación de los obreros despedidos con ocasión de la crisis, de ayuda a los parados, a los más desfavorecidos y a los jubilados cuyos regímenes de pensión capitalizados se han ido depreciando con la caída del mercado de valores, así como subidas de los salarios y obras públicas de gran envergadura, deberían ser la prioridad de los gobiernos. Amplios programas de renovación y remplazo de las infraestructuras deberían particularmente dar ocasión a un cambio importante fundado en objetivos de protección del medio ambiente y de la calidad de vida en general. El análisis hecho del carácter improductivo de los gastos públicos permite precisamente comprender por qué los programas de gasto público orientado al relanzamiento de la economía, que han sido anunciados hasta hoy con gran apoyo de publicidad, son igualmente tímidos y tardan en ponerse en ejecución, mientras que el apoyo financiero a los bancos y al sector financiero en general ha sido concedido abundantemente y con toda la urgencia.

En Estados Unidos, compromisos acumulados del orden de 8,400 billones de dólares²⁵, es decir, más del 50 % del Producto Interior Bruto (PIB), fueron anunciados desde el momento del estallido de la crisis financiera en el curso del año 2008. El “Plan

²⁴ *Anti-Dühring*, obra citada p. 314.

²⁵ Es decir, 5,555 billones de diversas medidas de la Reserva Federal, 1,4 billones de la Sociedad federal de garantía de depósitos bancarios, 300 mil millones de garantías de préstamos hipotecarios y 1,145 billones de fondos del Tesoro de los que 700 mil millones, del Plan Paulson de la administración Bush (Fuente: Desjardins Études économiques, *La courbe de rendement*, Montreal, 28 noviembre 2008, p. 5)

de estabilización financiera” de dos billones y medio de dólares hecho público el 10 de febrero de 2009 por el secretario del Tesoro de Barak Obama, añadió a esto un billón de los fondos públicos²⁶, el resto debía provenir del capital privado. Adoptado tras un laborioso proceso, el Plan Obama de relanzamiento de la economía real, de 7,87 billones de dólares en dos años, de los que 282 mil millones de (el 36%) en beneficios fiscales y 150 mil millones (19 %) en inversiones públicas, sólo representa el 9,4 % del plan de salvamento del sector financiero.

Las proporciones son del mismo orden en Francia, donde el plan de relanzamiento es de 26 mil millones de euros en dos años, 11 mil millones en inversiones públicas mientras que los bancos se beneficiaron de 360 mil millones de euros. Su amplitud, de 0,7 % del PIB de media por año²⁷, es de todos modos netamente menor, en proporción al tamaño de la economía, que el de Obama que es del 2,8 %. Tanto más cuanto que la administración Obama ha anunciado por su parte para los años 2009 y 2010 importantes gastos presupuestarios suplementarios que van a acarrear un déficit de más del 12 % del PIB durante el primer año y casi lo mismo en el segundo.

Alemania, después de haber anunciado, en un primer momento, un plan de 31 millones de euros en dos años, se vio obligada a aumentarlo en 50 mil millones en enero de 2009, el nuevo plan de 81 mil millones de euros que representan de media cada uno de ellos el 1,7 % del PIB anual. Gran Bretaña, que invirtió masivamente en el salvamento de los bancos, se distingue por la debilidad de sus medidas de relanzamiento de la economía real.

El montante total al que se comprometieron los países de la Unión Europea ha sido evaluado por la Comisión Europea en 400 mil millones de euros para 2009 y 2010, es decir, un porcentaje anual medio del 1,65 de su PIB para los dos años. Este montante incluye los planes nacionales de relanzamiento de diferentes gobiernos, pero también el aumento de los gastos sociales inducidos por la crisis, por el efecto de lo que se llaman

²⁶ Estos nuevos fondos públicos consisten en 100 mil millones de contribución a un partenariado público-privado de rescate de activos tóxicos, 75 mil millones destinados a poner fin a las ejecuciones hipotecarias y a favorecer la renegociación de préstamos hipotecarios, y 800 mil millones a añadir a un programa de 200 mil millones ya previsto de estímulo de la demanda por el endeudamiento titulizado de los consumidores, de las pequeñas empresas y de las hipotecas comerciales, lo cual es destacable cuando sabemos el rol que ha jugado este tipo de endeudamiento en el desarrollo de la crisis actual.

²⁷ En principio, tres cuartos del montante de 26 mil millones deben ser gastados durante el primer año.

“estabilizadores automáticos”, como el seguro-desempleo y la asistencia social. A pesar de los llamamientos a favor de un esfuerzo presupuestario suplementario lanzado a principios de marzo en vistas a la cumbre del G20 del 2 de abril en Londres por Estados Unidos, preocupados sobre todo por poner en marcha medidas de apoyo a la actividad mundial, los países de la Unión Europea declararon que no se podía hacer más, afirmando que querían sobre todo centrar la cumbre de Londres en una reforma del sistema financiero internacional.

En Canadá, no fue sino con ocasión de una crisis parlamentaria que amenazaba la caída del minoritario gobierno conservador, después de haber negado la necesidad de un programa de relanzamiento, tuvo que presentar un programa de 40 mil millones de dólares canadienses para dos años, 12 mil millones destinados a infraestructuras y el resto a diversos paliativos fiscales. Este programa cuyo montante real sería de 32 y no de 40 mil millones, según el Director parlamentario del presupuesto²⁸, no representa más que el 1,3% del PIB de media por año, mientras que 200 mil millones fueron destinados al “reforzamiento del sistema financiero”.

Después de haber expuesto un primer plan de relanzamiento de 120 mil millones de dólares en agosto de 2008, Japón sacó un segundo plan en octubre y más tarde, en diciembre, un tercero, sumando a esa fecha un total de 550 mil millones de dólares. En cuanto a China, en noviembre de 2008 lanzó un plan de 585 mil millones de dólares, es decir, el 16 % de su PIB de 2007, que comprendía inversiones en infraestructuras repartidas en varios años de las que una buena parte ya estaban previstas. A continuación anunció un suplemento de 125 mil millones de dólares en tres años para mejorar los cuidados sanitarios, así como varias medidas destinadas a favorecer el consumo. Aunque el montante real del plan de relanzamiento fue valorado a la mitad del montante oficial²⁹, su amplitud testimonia la viva preocupación de los dirigentes políticos ante la subida del descontento social.

En Estados Unidos el plan Obama tiene como objetivo crear o salvaguardar entre tres y cuatro millones de puestos de trabajo lo que resulta a todas luces

²⁸ Oficina del Director parlamentario del presupuesto, *Les perspectives économiques et financières du budget 2009 – enjeux principaux*, Ottawa, 5 febrero 2009, p. 2.

²⁹ *The Economist*, Londres, 31 enero 2009, p. 79.

insuficiente cuando se sabe que en el curso de los cuatro últimos meses de 2008, el número de pérdidas de empleo se elevó a 2 millones y que se prevén cinco millones más en 2009. La insuficiencia de los medios puestos en marcha por Obama ha sido señalada por numerosos economistas entre los cuales Paul Krugman, premiado en 2008 con el “premio del Banco de Suecia en ciencias económicas en memoria de Alfred Nobel”³⁰, en un artículo aparecido en el *New York Times* el 13 de enero de 2009. Apoyándose en las previsiones del *Congressional Budget Office* de Estados Unidos, evalúa el montante mínimo necesario para que la producción se mantenga en el nivel de su potencialidad en 2,100 billones, es decir, más de dos veces y media los 787 mil millones del plan Obama. El premiado con el mismo premio en 2001, Joseph Stiglitz, expresó las mismas reservas, subrayando particularmente que una tercera parte del plan de relanzamiento consiste en reducciones fiscales de las que la mayor parte será economizada, más que gastada, por una población amenazada por un paro en rápido aumento, por un creciente endeudamiento y el efecto pobreza causado por la caída del mercado bursátil y del valor de la vivienda³¹.

Con fines comparativos, es bueno recordar la experiencia del New Deal durante la depresión de los años treinta. Bajo la presidencia de Franklin Delano Roosevelt, el gobierno había empleado un 60 % de los parados del país en vastos trabajos públicos como la plantación de mil millones de árboles, la construcción o restauración de decenas de miles de escuelas, miles de hospitales, aeropuertos, puentes y parques, más de un millón de kilómetros de carreteras sin contar importantes proyectos como el de la *Tennessee Valley Authority* (trabajos de regadío, lucha contra la erosión, producción hidroeléctrica, desarrollo industrial, etc.). Sabemos que a pesar de la amplitud de estas medidas la tasa de desempleo en Estados Unidos, que era de más del 30% en 1933 y que había sido reducida al 13 % en 1936, seguía en un 10 % en 1940. Fue solamente ‘gracias’ a la segunda Guerra Mundial como el paro fue finalmente eliminado, cayendo al 1 % y la actividad económica vigorosamente relanzada.

Traducción: José M^a Fernández Criado

³⁰ Este premio comúnmente se llama « Premio Nobel de Economía », pero no es correcto pues no es concedido, como los premios de Ciencias, por la Academia Real de Ciencias de Suecia, sino por el Banco de Suecia.

³¹ Joseph Stiglitz, « Comment rater la relance », *La Presse*, Montréal, 10 marzo 2009, p. A23.